



**REGIÓN**

# Venezuela: blanco prioritario en la mira imperial

Por **Mario Toer**

*Mario Toer analiza la coyuntura política venezolana, revisando las posturas del campo de la oposición política, los debates internos del chavismo y los condicionamientos externos a la evolución del proceso político.*

La decisión del gobierno norteamericano de declarar a Venezuela “inusual y extraordinaria amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos” estableciendo el “estado de emergencia nacional” ha colocado a toda la región en una situación particularmente preocupante.

No son pocas las evocaciones que acuden enseguida a la memoria. Y al mismo tiempo podemos reparar en las indudables diferencias con otras ocasiones del pasado. Rafael Correa, en su respuesta, dejó planteada esta situación paradójica al decir que el decreto imperial parecía “una broma de mal gusto”.

El tenor de las palabras utilizadas, la desmesura insensata a la que se recurre, nos conectan con este costado paródico del mentado decreto. Pero el propio Correa se encarga de recordarnos la índole de quien lo ha producido y cuáles son las razones por las que, de modo alguno, puede suponerse que se trata de un chiste.

Sabido es que el núcleo duro de un imperio, la instancia que toma las decisiones perentorias, no se preocupa por el glamour de un ocasional mandatario y procura ser lo suficientemente explícito para que nadie se llame a engaño. De manera presuntamente más amena, el propio Obama se había anticipado a decir que su país debe tomar “otro” tipo de medidas cuando algunas naciones no se allanan a la persuasión. No es una novedad, pero en los labios del presidente resulta un testimonio insoslayable de que se están previendo medidas extremas frente a un país que con orgullo busca explorar su propio

camino. Y por tanto debe ser tomado como algo muy serio por parte de todos los latinoamericanos.

El colosal aparato de construir consensos que sostiene y alimenta el imperio más poderoso de la tierra no sólo aligera los costos de inicuos atropellos en el momento en que ocurren; también apresura los tiempos del olvido con posterioridad a los hechos en muy amplios sectores de la población, tanto la propia como la planetaria.

Cuando vemos hoy el desquicio en que se encuentran sumidos varios países de Medio Oriente y lo contrastamos con las campañas destinadas a denigrar a los hombres fuertes que al menos habían conseguido concertar las rivalidades tribales en la región y que fueron ultimados en nombre de la “democracia”, una vez que la maquinaria de construir consensos cediera el paso a la no menos sofisticada maquinaria bélica, nos solemos preguntar: ¿no debería ser aun mayor el costo que semejantes intrusiones deberían estar pagando? ¿No es evidente que sostuvieron a los muyahidines y a su mentor Bin Laden, que inventaron lo del armamento de destrucción masiva de Husein, que alentaron la anarquía en Libia y sostuvieron al EI al querer derribar al gobierno sirio? Si después de tanto estropicio siguen casi impertérritos, debemos concluir, otra vez, que no son menores los recursos con los que cuentan.

Sabido es entonces que nos las tenemos que ver con alguien muy poderoso —con las palabras y con las armas—, que incluso se da el lujo de deteriorar las defensas simbólicas en buena parte de nuestras poblaciones y que es bien posible que sus estrategias hayan concluido que ya es hora que deban enfrentarse sin displicencia alguna a lo que se ha venido acumulando al sur del río Bravo. De allí que recordar Granada y Panamá, así como las groseras operaciones desde Honduras en Nicaragua, o las algo más enmascaradas que promueven el derrocamiento de Salvador Allende, con todas las confesiones de parte *a posteriori*, así como el propio golpe en Venezuela en 2002, junto al medio siglo de bloqueo contra Cuba, para tomar los casos emblemáticos y sin ir demasiado lejos, resulta una tarea imprescriptible. (Incluso se puede pensar, como se suelen preguntar en Caracas, si aminorar el aislamiento cubano no puede compaginarse con la intención de incrementar notoriamente el futuro hostigamiento o la agresión directa contra Venezuela). Para no hablar en la última década del intento de reflatamiento del ALCA con el eje del Pacífico, el creciente establecimiento de bases militares en el hemisferio so pretexto de



seguridad y narcotráfico y sus más o menos solapadas intervenciones en los acontecimientos de Honduras y Paraguay.

Cuando pensamos en el fabuloso operativo y los recursos que hoy se siguen desplegando en Medio Oriente, tenemos que concluir que cuando hay riquezas energéticas de gran envergadura y se teme por el contagio que puede devenir cuando se produce un cierto despertar en una región, no se escamotean los riesgos y costos para ponerle coto a la situación. En cierta forma, la lógica imperial supone movimientos que violentan la noción de las proporciones. Así las cosas, resulta atendible que en nuestras propias narices nos hayan instalado esta “inusual y extraordinaria amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos”. Las mismas palabras que se utilizaron, entre otras ocasiones, en las vísperas de la invasión a Panamá.

Pero, claro está, Maduro no es Noriega ni el pueblo panameño contaba con incentivos similares a los que cuenta el pueblo venezolano para enfrentar ese atropello. De la misma forma podemos decir que 1989 no es 2015, y ni siquiera 2002. La América Latina de nuestros días no es la de 1973 ni la de otros momentos del pasado cuando tuvieron lugar otras incontables iniquidades. No existían ni la Unasur, ni la CELAC, instancias que han demostrado que pueden jugar un papel disuasivo de primer orden.

Pero por todo lo que venimos diciendo, aunque para el imperio la situación se avizore como bastante más compleja e incluso incierta, ello no supone que lo grotesco, lo inaudito para los bien pensantes, desaparezca de la agenda. Y para muestra, los propios acontecimientos venezolanos sirven como testimonio.

Estados Unidos no ha dejado de respaldar los variados operativos que se vienen sucediendo, tendientes a medir las defensas gubernamentales. En un contexto donde quienes tienen que hacerse cargo de la tarea sucia fronteras adentro han venido mostrando sus torpezas, ineptitudes y carencia de espesor. O mejor dicho aún, no han dejado de comprobar que las defensas populares son bastante consistentes.

Así fue hace un año con el conato insurgente que se denominó “la salida”, que costó decenas de vidas, y en febrero reciente con el fallido operativo que quiso ser detonante para una “transición”, otro eufemismo que en su proclama suponía el desmantelamiento liso y llano de cuanta conquista se ha alcanzado en estos años de “Revolución bolivariana”. No nos detendremos en los casos de las detenciones en procedimientos judiciales, que hubiesen ocurrido en cualquier otro lugar del planeta, ni



en la desmesura de los cuadros de opresión y carencias que nos pinta el colosal aparato mediático al que hemos hecho alusión. No porque no sea pertinente insistir en reflejar la realidad de los acontecimientos sino porque nos interesa detenernos en un aspecto que resulta primordial para atender a los tiempos que se avecinan. Por otra parte, resulta por demás evidente la repentina retracción de los desmanes una vez que Leopoldo López se entrega a la Justicia (no es menor que ello haya ocurrido cuando el gobierno le hace escuchar a la familia de este las grabaciones de connotados insurgentes que consideran la posibilidad de matar a López atribuyéndoselo a los chavistas para fomentar la rebeldía).

El aspecto al que quiero referirme es el que atiende a los aciertos y dificultades que debe afrontar el gobierno y las organizaciones populares venezolanas para enfrentar este desafío. En mi paso por Caracas, el pasado febrero, este fue el tema que me interesó conversar con varios militantes y académicos. Fruto de ello son las notas que aquí escribo.

Se acababan de cumplir dos años de la desaparición de Hugo Chávez y un año de la frustrada sedición de las “guarimbas” cuando Maduro develaba los planes de la asonada golpista que comprometía a algunos oficiales de la aeronáutica y a connotados dirigentes de la oposición. La pretensión de que se trataba de una fábula del oficialismo, como lo sugiere el aparato mediático y buena parte de la oposición, es insostenible. A ningún gobierno le conviene fabular disidencias en las filas de sus fuerzas armadas, aunque sean de menor cuantía, y menos cuando el repliegue opositor, fruto de desavenencias internas, y la creciente normalización de los desajustes provocados por la que se ha llamado “guerra económica”, vienen teniendo lugar. Por otra parte están las escuchas y confesiones que se encuentran en manos de la Justicia y que han tenido notoria difusión.

La respuesta del “chavismo” no se hizo esperar. Ante un plenario de dirigentes sociales y sindicales, tras una pormenorizada exposición, Maduro consultaba ante las cámaras a los dirigentes de los petroleros, el transporte y otros gremios. “¿Que harán ustedes si me pasara algo a mí o atentaran contra la continuidad de la Revolución?”. Las respuestas fueron claras y concisas y no dejaban dudas de que para cualquier usurpador, sujetar las riendas del país iba a ser muy difícil. Quienes debían tomar nota seguramente lo hicieron. Un par de días después, una multitudinaria marcha cruzaba buena parte de Caracas y culminaba frente al Palacio de Miraflores. Allí Maduro reiteraba la necesidad de mantenerse alerta y volvía a mostrar que cuenta con la talla que esperaba



el desaparecido Comandante cuando pidió que fuera su relevo. Pueblo y Gobierno mostraron presencia y reflejos, lo que constituye un dato ineludible en cualquier escenario que se intente suponer. Las pretendidas movilizaciones opositoras resultaron fallidas, muy pálidas réplicas de otras marchas anteriores.

El clima de tensión prevaleciente durante esos días connotaba las preguntas sobre las hipótesis con las que se puede pensar el futuro próximo, que se asocian a diversos interrogantes que se conectan entre sí, particularmente para los casos de Argentina y Brasil.

Como en otras oportunidades, creo que es apropiado destacar que estamos viviendo en la región un periodo en el que ha quedado atrás la primacía de la reparación social como rasgo preponderante, que fue

***El chavismo sigue conservando la fidelidad de las mayorías populares, cuenta con una dirección que viene ensayando con acierto las tareas indelegables, incrementadas por la desaparición física de un liderazgo con un carisma de excepción, y sigue contando con arraigo entre las filas de las fuerzas armadas y de seguridad.***

lo característico de la primera década. En la medida en que la crisis capitalista se ha ido haciendo crónica, quedan más en evidencia los límites estructurales de las economías de nuestros países y las dificultades por establecer una rutina conveniente de manera sostenida. Se remarca, con acierto, que el rasgo más efectivo con el que nuestros países han resistido la crisis global ha sido el cuidado del empleo, asociado a las políticas que buscaron fortalecer los respectivos mercados internos. Pero ya no resulta suficiente resaltar sólo los recursos virtuosos de algún momento de nuestros respectivos pasados ni en todos los casos este rasgo tuvo la misma magnitud. Por tanto, debemos asumir que nos encontramos en un escenario donde no contamos con bagajes conocidos que señalen un camino y resulta imprescindible desarrollar y componer iniciativas que permitan asegurar lo alcanzado y seguir potenciando la inventiva para afrontar los nuevos desafíos.

Los venezolanos conocen la paradoja de que la principal de sus ventajas relativas está asociada a la más evidente de sus carencias. A lo largo de su historia, las élites dominantes no estimularon una práctica productiva consistente. Vivieron como parásitos de la riqueza petrolera y siempre encontraron más fácil la importación de todo tipo de



productos, aún los más básicos de primera necesidad, en lugar de ensayar una elemental disposición a sustituir importaciones. Y las carencias de infraestructura, formación técnica e idoneidades laborales no pueden remontarse en poco tiempo.

Es así que incluso algunos loables intentos que se han llevado a cabo en el último tiempo carecen, a veces, de condiciones propicias y no alcanzan los objetivos esperados o se prestan para variadas especulaciones. Quienes están al frente de la conducción del Estado lo saben y ensayan distintos caminos para generar emprendimientos productivos más consistentes y durables.

En las necesidades de las mayorías y en los hábitos consumistas del pasado de sectores medios se sustentan las maniobras que intentan generar descontento. Las ausencias de productos no llegan a ser generalizadas y suelen oscilar entre distintos rubros. La política gubernamental para enfrentar la “guerra económica” se ha anotado algunos triunfos significativos, aunque la persistente caída de los precios del petróleo (que no tiene lugar por efecto de reajustes galácticos) hace más complejo contar con los recursos suficientes.

Con estas metas en el horizonte, que no son alcanzables en el breve plazo, se produce la exasperación del discurso opositor y la consiguiente respuesta, varias veces en términos que llevan a imaginar un clima prebélico. Las provocaciones y en ocasiones las impericias para disuadirlas tienden a conformar espirales que el gobierno ha sabido manejar y atemperar en la mayoría de los casos.

Y aquí conviene reiterar los rasgos que hacen consistente la fortaleza del campo popular: el chavismo sigue conservando la fidelidad de las mayorías populares, cuenta con una dirección que viene ensayando con acierto las tareas indelegables, incrementadas por la desaparición física de un liderazgo con un carisma de excepción, y sigue contando con arraigo entre las filas de las fuerzas armadas y de seguridad.

A su vez, la oposición no cesa en sus pretensiones de permanecer intolerante ante las políticas gubernamentales, a pesar de que se encuentra fragmentada y acusa el desgaste del fracaso sedicioso de un año atrás. Sus diferencias entre golpistas (López, Machado, Ledezma) y procesistas (Capriles) aparecen difusas en el momento en que el primado del anhelo de poner fin a la experiencia chavista se impone como primacía de identidad, lo que dificulta, en algunos casos, las iniciativas que se encaran para acrecentar dichas divergencias. La cercanía



de las elecciones parlamentarias puede aumentar las disputas internas a la vez que va a incrementar los intentos de entorpecer los comicios e incluso convertirlos en un pretendido reducto institucional simbólico que pueda convocar el “auxilio externo”...

De cualquier manera, las elecciones volverán a ser el momento de condensación de la disputa hegemónica en el país, y son las urnas una arena que el chavismo conoce muy bien y en la que se siente potente para pasar a la ofensiva.

Así las cosas, nos vienen a la memoria las alusiones gramscianas al “empate catastrófico” que, extendido en el tiempo, no podía sino desgastar a ambas partes, con particular perjuicio para quienes intentan gestar una alternativa superadora y estable. En el debate que puede apreciarse entre quienes respaldan el proceso aparecen, junto a la primacía de los que insisten en encontrar acuerdos con sectores productivos que se interesen por sostener emprendimientos provechosos, posturas de algunos que suponen que una imponderable radicalización en pos de un “socialismo” de contornos retóricos e imprevisibles puede suponer una salida.

Esta suerte de debate, que más parece una competencia de talentos, no es novedosa y estuvo alentada en algún momento por algunos pretendidos teóricos que colocaban a la experiencia venezolana como una avanzada tras cuya estela debían encolumnarse el resto de los procesos que emergían en la región. Se solía ir más lejos y con poco recato se descalificaba a las experiencias que tienen sus costas en el Atlántico como meras estratagemas para confundir a las mayorías. Las posturas más radicales en esa dirección se fueron atenuando, sea por admoniciones que recibieron sus mentores desde La Habana o por el desaliento que les produjeron las posturas de Rafael Correa o la prudencia de Evo Morales. Y, por sobre todo, por las palabras de Hugo Chávez, quien nunca dejó de resaltar el valor y el temple de los liderazgos de la región, enfrentados a situaciones diferentes, como lo ha resaltado con agudeza Marco Aurelio García. No resultan equiparables los escenarios de países donde se han producido anteriormente procesos de sustitución de importaciones, con todo lo que ello implica en cuanto a la constitución de clases y el entramado de las escenas políticas, en contraste con los países donde irrumpen amplios sectores populares en ámbitos que antes se encontraban cercados por minorías parasitarias que se nutrían de la riqueza minera. En estos casos las escenas políticas, con sus partidos, implosionan. En la región atlántica, por otro lado, entran en crisis pero se reciclan y resisten. Pero



unos y otros, como lo han testimoniado sus líderes, comparten objetivos y el compromiso de respaldarse mutuamente.

No hay que confundir el radicalismo retórico con la convocatoria de Chávez, desde fines de 2004, a explorar lo que debía ser la construcción de un “socialismo del siglo XXI”. El contexto era particular (no olvidemos que el propio Carlos Andrés Pérez, responsable emblemático de la rebelión del Caracazo, llegó a presidir la “Internacional Socialista”, la socialdemócrata, claro está) donde el objetivo *socialista* era disputado por casi todas las fuerzas políticas. De este modo, con diferentes agregados —el de “cristiano” suele seguir siendo el más común—, se marcan las diferencias con “el del siglo XX” que no se quiere reiterar y se remarca la vocación de servir a los de abajo, al pueblo, sin burocracias represivas, por sobre todas las cosas.

La evocación de este debate no acude por pretensiones un tanto anacrónicas de volver sobre posturas que han ido perdiendo sustento. Viene al caso porque parecen reflatarse ante las dificultades propias de un cierto empate, como el que tiene lugar en las condiciones venezolanas actuales. Son alentadas por variantes impacientes, sin ningún sustento en lo que podemos aludir como “socialismo científico”, y resultan una traba ante el requerimiento de cerrar filas ante el periodo que se abre. En nuestros días, una parte de estos presurosos amenazan con concurrir a las elecciones legislativas de este año con sus propias listas, alegando una presunta ortodoxia chavista que sólo está en su acalorada imaginación. La retórica del salto adelante suele apuntar a la necesidad de que el Estado se apropie de un número creciente de empresas sin repasar si son estratégicas, si se cuenta con recursos económicos y humanos para ello y si suponen un beneficio estructural para el funcionamiento de la economía. Sólo aparece como una porfía que imagina una “resta” en las filas de la “burguesía”, con una aritmética muy elemental.

***La oposición no cesa en sus pretensiones de permanecer intolerante ante las políticas gubernamentales, a pesar de que se encuentra fragmentada y acusa el desgaste del fracaso sedicioso de un año atrás. Sus diferencias entre golpistas (López, Machado, Ledezma) y procesistas (Capriles) aparecen difusas en el momento en que el primado del anhelo de poner fin a la experiencia chavista se impone como primacía de identidad.***





Se suele argumentar que si en 200 años la “burguesía” no generó iniciativas productivas, menos lo va a hacer ahora. Se podría responder que en 100 años, el “socialismo del siglo XX”, con sus vidriosas expresiones estatales periféricas, tampoco lo ha podido sostener. Por cierto que la burguesía es renuente a invertir si no controla las condiciones en que se llevan a cabo sus negocios. Pero, burguesía al fin, intenta incrementar sus beneficios, y la clave sigue estando en ofrecer garantías para que eso pueda ocurrir, sin perder el control de los espacios estratégicos. China y Vietnam lo han probado en un periodo bastante más breve. Y por más que sus experiencias transcurren en contextos particulares, no dejan de ser las que nos pueden permitir sacar variadas enseñanzas.

Hay otro plano en el que también transcurre el debate y que se relaciona con el amplio espectro de organizaciones de base que se han generado: comunas populares, milicias, medios alternativos y otros. Sin duda son instancias que hay que atender, respaldar y desarrollar y podrán ser embrión de formas alternativas superiores en el futuro. Pero suponer que puedan transformarse en el sustento de una nueva Comuna, a corto plazo, resulta un espejismo. Las formas alternativas, la gente en las calles y en las plazas, deben ser el reaseguro de la marcha del proceso. Poner en cuestión las deformaciones burocráticas no es un aspecto menor. Pero requiere de una articulación, y debe estar en consonancia con los objetivos del periodo. Tampoco aquí se pueden confundir las posturas cuasi insurreccionalistas o anarquistas de los más radicales con la legítima impaciencia de quienes reclaman mayor control ante las posturas oportunistas y acomodaticias de variados exponentes de la burocracia estatal.

En el reclamo más radicalizado está implícita una noción muy ingenua y voluntarista de las tareas revolucionarias, a las cuales no me voy a referir aquí porque reclaman mayor detenimiento, pero sin dudas se encuentran extendidas como un remanente de los años 60 y que aún no se encuentran conceptualmente saldadas.

Pero viene al caso lo que el propio Chávez dejara instalado como demanda en lo que fuera finalmente su despedida: “Hay tres cosas que hay que resolver en esta etapa, y no se pueden demorar más: terminar con la ineficiencia –y bueno, hay políticas que pueden darse como objetivo enfrentar la ineficiencia–; enfrentar la corrupción –y hay políticas con las cuales uno puede enfrentar la corrupción–; y enfrentar el tema de la seguridad y el delito –que no es menor–”. Está claro que estas “tres cosas” no son extraídas de la galera de nadie. Constituyen las demandas



populares de mayor arraigo. Si se asumen objetivos sentidos y se convoca a participar en su resolución, efectivamente se los enfrenta y se los soluciona, se genera confianza como para que objetivos más avanzados puedan tomarse. Esta es la lógica de la política.

Quien se ha referido a estos temas con elocuencia, como es su costumbre, es el vicepresidente de la República Plurinacional de Bolivia, compañero Álvaro García Linera, tanto en las palabras que pronunciara con motivo de su renovada asunción del cargo, como las que le escucháramos recientemente en ocasión del Foro por la Emancipación y la Igualdad en Buenos Aires.<sup>1</sup> En su discurso en La Paz, se interesa por colocar el horizonte socialista en su debida perspectiva, destacando que:

*La propiedad y gestión comunitaria no puede ser implantada por el Estado. Lo comunitario es la antítesis de todo Estado. Lo que un Estado revolucionario, socialista, puede hacer es ayudar a que lo comunitario que brota por acción propia de la sociedad se expanda, se fortalezca, pueda superar obstáculos más rápidamente. Pero la comunitarización de la economía sólo puede ser una creación heroica de los propios productores que deciden exitosamente asumir el control de su trabajo a escalas expansivas.*

**Nos vienen a la memoria las alusiones gramscianas al “empate catastrófico” que, extendido en el tiempo, no podía sino desgastar a ambas partes, con particular perjuicio para quienes intentan gestar una alternativa superadora y estable. En el debate que puede apreciarse entre quienes respaldan el proceso aparecen, junto a la primacía de los que insisten en encontrar acuerdos con sectores productivos que se interesen por sostener emprendimientos provechosos, posturas de algunos que suponen que una imponderable radicalización en pos de un “socialismo” de contornos retóricos e imprevisibles puede suponer una salida.**

1 Ver “El mundo va a cambiar, porque nos estamos jugando el destino”, de Álvaro García Linera, p. 94 de este número de *Horizontes del Sur*.



Alude así al reclamo marxista que sitúa la construcción del socialismo como culminación del desarrollo productivo, científico-tecnológico de las fuerzas productivas y la correspondiente madurez de los productores directos.

En el encuentro de Buenos Aires, García Linera se detuvo en el tema de la importancia estratégica, en el tiempo actual, de constituir un orden económico que pueda sustentarse, atendiendo a que los ascensos de los movimientos de masas no son continuos sino que describen subidas y descensos y reclaman a su vez sus derechos, a que sean atendidas las que son necesidades básicas, saliendo al cruce de la usual confusión entre estatismo y socialismo. También fue notablemente claro al referirse a la imprescindible combinación entre las formas institucionales clásicas y lo que precisamente llamó “el pueblo en las plazas”.

***Es difícil encontrar espacios de reflexión cuando el imperio de las exigencias cotidianas absorbe todas las energías, pero aún así, la experiencia que ha venido forjando la dirección que debió suplir la ausencia del carisma de quien fuera pionero en Venezuela y la región permite renovar la confianza en lo que sigue siendo un muy duro bastión para las pretensiones de dar marcha atrás con las conquistas acumuladas en América del Sur.***

Es difícil encontrar espacios de reflexión cuando el imperio de las exigencias cotidianas absorbe todas las energías, pero aún así, la experiencia que ha venido forjando la dirección que debió suplir la ausencia del carisma de quien fuera pionero en Venezuela y la región permite renovar la confianza en lo que sigue siendo un muy duro bastión para las pretensiones de dar marcha atrás con las conquistas acumuladas en América del Sur.

El actual desafío hace que debemos reafirmar con energía que las aspiraciones regresivas encuentran en los vínculos entre nuestros pueblos una trama muy difícil de quebrantar. Desde todas las instancias institucionales de la región tiene que levantarse la voz para que no haya

dudas que el continente es uno solo ante cualquier agresión. Que el citado decreto es un exabrupto que nos ultraja a todos por igual y que debe revocarse. No es un recurso retórico recalcar que la principal fuerza del pueblo de Venezuela son los lazos que se han venido forjando con los pueblos de toda la región.



Como se ha dicho, nadie ha tenido derecho a pensar que el camino emprendido en América Latina estaría desprovisto de dificultades. Y tanto en Venezuela como en otros de nuestros países podemos decir que el dato fundamental, con el que hay que seguir contando de aquí en más, es que han emergido fuerzas sociales e identidades políticas que están aquí para quedarse. Y que hacen muy distinto este tiempo del que fuera característico del siglo que quedó atrás. En última instancia, como lo recuerda Álvaro García Linera, los pueblos avanzan por oleadas y cada vez dejan nuevas experiencias que habrán de servir para las sucesivas olas que habrán de venir. En los días que corren, dejar en claro que a nadie le va resultar sencillo volver al tiempo que dejamos atrás es una tarea primordial que tiene que llegar a los oídos y las entendederas de cuanto nostálgico pretenda acometer tamaña aventura.

### **Epílogo**

Estas notas fueron escritas antes de la cumbre de Estados americanos en Panamá. En su transcurso se puso en evidencia que el clamor latinoamericano surte sus efectos. Ya en las vísperas, Obama debió ensayar frases poco esperables por parte de un mandatario de un país de primer orden, en las que intentaba explicar que no debía entenderse el decreto que él mismo había firmado atendiendo al texto del mismo... Es mucho lo que puede la solidaridad entre los pueblos, potenciada por el entendimiento entre sus representantes. La demanda fue muy explícita en el transcurso del encuentro, al igual que lo fue el énfasis en destacar que el retorno de Cuba fue producto de su propia perseverancia, del reclamo regional, y no tanto de la generosidad ajena. ●

